

Teoría femenina

Escribe: CARLOS DELGADO NIETO

Lo que Dora se atrevió a hacer y que tanto alarmó a su familia y a sus vecinos, no fue raro para mí, que recordaba muy bien ciertos hechos anteriores, tales como el comportamiento de ella la tarde en que anduvimos por los alrededores de su casa. Esta se hallaba en la ciudad, pero en una zona avanzada, recién construída; saliendo por la parte trasera se estaba en seguida en el campo, dentro del verde incesante, plano, sin árboles.

Había llovizado largo rato, el pasto estaba húmedo, y muy resbaladiza la tierra negra y arcillosa. Por esto era especialmente peligroso aquel recodo sobre la gran zanja de aguas negras. Por allí, justamente por ese recodo se le antojó a ella pasar, quedando por un instante izada sobre el abismo. Si aquel poste esquinero de la cerca hubiera fallado o se hubiera salido alguna grapa, ella habría muerto irremisiblemente, estrellada contra las paredes enladrilladas de la zanja, y su primer sudario habría sido aquella agua maloliente, impregnada por los desechos de la ciudad. Quizá la salvó el hecho de llevar pantalones en lugar de falda, unos pantalones que eran de un verde más luminoso que el del pasto.

Después fue la visita a la pollina parda y peluda que ella comprara en uno de sus repentinos antojos y que cuidaban los habitantes de un tugurio suburbano. El animal estaba amarrado; yo lo saludé palmeándole el espinazo, pero su pelaje había sido empapado por la lluvia, y pronto retiré mi mano de aquella alfombra helada. Estaba secándome la mano con el pañuelo cuando vi a Dora arrojarse sobre el animal y darle un abrazo ardoroso, al tiempo que le acariciaba el vientre. Este me pareció muy abultado, como si la pollina se dispusiera a ser madre. Pero como mi amiga no había tenido hijos en su disuelto matrimonio, no me atreví a mencionar la posible preñez de la pollina, que era quizá la causa del extraño abrazo.

Luego vinieron las rosas, las pequeñas rosas de un amarillo pálido y de tallo muy corto. Ella las fue tronchando con cierta violencia, metiéndose entre las ramas espinosas, pero sin herirse, y las agrupó en su mano formando un ramo que mantuvo con ternura a la altura del pecho

durante el resto del paseo. Ni siquiera lo soltó cuando debió hacer una incómoda acrobacia para pasar por debajo de la alambrada al regresar a la casa. Yo me empeñé en ayudarla, pero (como ella misma me lo haría ver después) no alcé el alambre, sino que puse mi mano abierta sobre su espalda, diciéndole que se inclinara más, que acercara más su pecho a la tierra. Su chaqueta de lana fue punzada por las púas del alambre, pero no les pasó nada a las pequeñas rosas amarillas. (La vibración de su espalda perdura todavía en la palma de mi mano).

Mientras esperábamos que nos abrieran la puerta de la casa, ella se quedó mirando las rosas. Yo también las miré y dije que por su tallo corto quedarían mejor en una concha de cerámica que otras veces había visto en su sala, con flores. Dora asintió pensativamente, moviendo la cabeza, pero en ese mismo instante apartó la mano de su pecho y lanzó las rosas a la mitad de la calle, donde pronto fueron aplastadas por los automóviles. Cuando volví a mirar a mi amiga, encontré un gesto muy duro en su cara, que mantenía muy cerca de la madera de la puerta.

Por boca de su madre supe lo del jarrón mejicano, la pieza de cerámica más grande e importante que había en la casa, minuciosamente decorado en sepia, blanco y gris, y que Dora tenía en mucho aprecio. Lo demostraba no solo refiriéndose elogiosamente a él, sino limpiándolo periódicamente ella misma. Esta vez no se conformó con quitarle el polvo, sino que lo llevó al lavadero, donde lo limpiaba cuidadosamente con agua y jabón, para pasarle después un trapo seco. La madre estaba observándola desde una de las alcobas y vio cómo al terminar la limpieza, Dora contempló durante un rato la valiosa cerámica, dio luego media vuelta, y así, de espaldas e iniciando el regreso al interior de la casa, le dio al jarrón un fuerte y despectivo revés que lo lanzó contra el piso del patio, donde se hizo añicos.

Al parecer, Dora consideraba que las cosas debían dejar de existir cuando se hallaban en su máximo esplendor. Esto le daría la razón al ama de llaves que ella tuvo mientras duró su matrimonio y que asegura que esa pareja era más feliz que nunca cuando se separó, "cuando la señorita Dora echó al marido", como dice ella.

La teoría de la muerte en plena vida fue la que Dora aplicó a las flores amarillas, a su matrimonio, al jarrón mejicano, y finalmente la puso en práctica consigo misma, ayudada por las pastillas hipnóticas. Un día antes de prolongar deliberadamente su sueño hasta la muerte, escribió en su diario: "Sí, sin duda, la vida es muy bonita".